

La puertorriqueñidad. Nacimiento y desarrollo de una cultura de resistencia

The Puertorriqueñidad: Birth and Development of a Resistance Culture

Gisela Molina Fumero^{1*}

Otilia Barros Díaz¹

¹Universidad La Habana, Cuba.

*Autor para la correspondencia. ramos.raul@infomed.sld.cu

RESUMEN

El presente artículo fundamenta las bases históricas, sociales, étnicas, antropológicas a partir de las cuales se forjó y desarrolló, a más de medio siglo del establecimiento del Estado Libre Asociado (ELA), la identidad nacional puertorriqueña. Los temas como el lenguaje, la hidalguía, la etnia, el mestizaje, la música, la migración, la cinematografía, se presentan como factores esenciales para la comprensión de la puertorriqueñidad como una filosofía de vida y una cultura de resistencia frente a la dominación colonial norteamericana.

Palabras clave: identidad, lenguaje, cultura, mestizaje, hidalguía, migración, Puerto Rico.

ABSTRACT

This article bases the historical, social, ethnic, and anthropological bases from which the Puerto Rican national identity was forged and developed. Topics such as language, nobility, ethnicity, miscegenation, music, migration, cinematography, are presented as essential factors for the understanding of Puerto Rican identity as a philosophy of life and a culture of resistance against US colonial domination.

Keywords: identity, language, culture, miscegenation, nobility, migration, Puerto Rico.

Recibido: 13/5/2019

Aceptado: 10/6/2019

INTRODUCCIÓN

Cuando se visita a Puerto Rico y se camina por las calles de cualquiera de sus ciudades las personas quedan muy gratamente impresionadas, además de su belleza caribeña, por el calor humano, la hospitalidad, solidaridad, por la facilidad de comunicación con un rico idioma español, pero por sobre todas las cosas por el orgullo que manifiestan los nativos de ser puertorriqueños. De igual forma ocurre en cualquier comunidad en el exterior donde residen inmigrantes puertorriqueños; a pesar de la lejanía del país y de la necesidad que tienen de sumergirse en los respectivos países de destino, no dejan de vivir, luchar y de defender sus derechos como puertorriqueños.

La defensa de la identidad puertorriqueña ha sido y continúa siendo hasta nuestros días una constante en la lucha del pueblo puertorriqueño, frente a la dominación colonial norteamericana por más de medio siglo. Nos sorprende, cómo la falta de independencia económica, política, de los graves problemas sociales y falta de autonomía para resolverlos, no han permitido que el pueblo puertorriqueño se deje arrastrar por la ideología norteamericana y aunque son considerados por las leyes como “ciudadanos norteamericanos”, se sienten y se manifiestan como puertorriqueños.

No siempre la verdadera problemática del pueblo boricua, ha sido analizada bajo un enfoque objetivo ajustado a los impactos económicos, políticos y sociales del proceso de dominación colonial norteamericana. Sin lugar a dudas, Puerto Rico ha vivido en medio de fuertes corrientes contradictorias: libertad vs. dominación colonial, independencia vs. dependencia, caribeños vs. norteamericanos, etc. Bajo estas condicionantes nos preguntamos, ¿Cuáles son los principales pilares a partir de los cuales el pueblo de Puerto Rico, ha logrado defender su identidad nacional frente a la dominación colonial norteamericana por más de medio siglo?

Para dar respuesta a la interrogante anterior, el presente artículo tiene por objetivo fundamentar las bases históricas, sociales, étnicas, antropológicas, a partir de las cuales se forjó y se ha ido desarrollando, a más de medio siglo del establecimiento del Estado Libre Asociado (ELA), la identidad nacional puertorriqueña consolidándose como una cultura de resistencia frente a la dominación colonial norteamericana.

Para abordar el tema objeto de estudio, se parte del análisis teórico-metodológico de la identidad como categoría multidisciplinaria. Posteriormente, utilizando como hilo conductor la evolución histórica de la formación de la nacionalidad boricua, se realiza un análisis de las principales fuerzas motrices a partir de las cuales se va conformando una cultura de resistencia en el pueblo puertorriqueño en defensa de la identidad

nacional como son: el lenguaje, el mestizaje, la genética, la hidalguía, la música, los valores de la solidaridad. Para todo ello, fue necesario hacer una revisión bibliográfica de un conjunto de obras de carácter histórico correspondientes a diferentes autores nacionales e internacionales en diferentes etapas históricas.

El resultado final del artículo si bien no agota el tema, aporta elementos útiles para una mayor y más integral comprensión de la problemática de Puerto Rico, frente a la defensa de su identidad nacional, así como a la necesidad de integrarse a la región latinoamericana y caribeña.

1. PUERTORRIQUEÑIDAD. NACIMIENTO

Como toda realización material o creación espiritual del hombre, la identidad es un producto cultural y simbólico, resultante de la práctica social; es un término que invita a reflexionar desde el pasado, sobre el yo y el nosotros, que se relaciona de manera directa con el presente y acompaña a los seres humanos en el discursar de su vida. La identidad presupone sentimientos de pertenencia, satisfacción y orgullo de esa pertenencia, compromiso y participación en las prácticas socioculturales propias. Es un proceso complejo de búsqueda y construcción social, que exige una permanente identificación con valores, creencias, actitudes, costumbres y autoimágenes.

En su libro “La Identidad de los Puertorriqueños”, su autor, Algimiro Ruano precisa que “...andarse por las ramas en achaques de identidad, es en Puerto Rico, terreno abonado para falacias o para pasatiempos desviantes y biensonantes”; igualmente señala que “...hay algo en ese sentimiento colectivo de identificación de los unos con los otros, pero esa homogeneidad no existe y sin embargo, sin que sepamos explicárnoslo bien, nos sentimos puertorriqueños”. Y es que no es menos cierto que la identidad de los boricuas, ha sido objeto de gran debate en el pasado y continúa siéndolo en el presente (Ruano, 2001, p. 3). Acercándonos al concepto identidad, esta se define en cada cosa como igualdad de un objeto en sí mismo. Se contrapone de cierta manera a la variedad, y siempre supone un rasgo de permanencia e invariabilidad. Es la identidad el más básico de los principios del saber filosófico. Ser, no puede no ser, no ser no puede, ser (Parménides, citado por Ruano, 2001, p. 9). Por otra parte, el ser de las apariencias que tiene su dosis de realidad, intercambia frecuentemente representación con el ser pleno y el juego que se traen entre sí es dinámica de conciencia diaria. El ensayista puertorriqueño Dávila (Dávila, citado por Ruano, 2001, p. 13), la ve cogobernada por tres personalidades: la que es, la que cree que es y la que quisiera ser. Él dice que son las 3-1 exigiéndose entre sí identificación.

Desde otro punto de vista, una idea, un concepto, son inconfundibles. Sólo se confunden si no se saben distinguir. También se define la identidad biológica, como “propiedad de un individuo de mantenerse él mismo en momentos diferentes de su existencia”.

Está claro que personas en serie, en determinada serie, pueden presentar características comunes, similitud de rasgos que las identifican o distinguen, frente a series diferentes, o conjuntos sociales, culturales, étnicos. En este sentido lo anteriormente expuesto, adquiere una marcada connotación ideológica, cuando uno de los más destacados filósofos del sur, el martiniqueño Franz Fanon en sus obras “Piel Negra, Máscaras Blancas” (1952) y “Los Condenados de la Tierra” (1961), desarrolla para la raza negra, en términos de violencia y autodefinición, el elemento clave, de que sin previa autodefinición, no puede aspirarse a reconocimiento (Ruano, 2001, pp.17-18). “La descolonización... es ese proceso histórico de desorden absoluto, en que se encuentran las dos fuerzas congénitamente antagónicas bajo el signo de la violencia”, y al referirse a esta última, afirma que: “esta no es un fin en sí, sino un momento inevitable de desalienación y reencuentro del colonizado consigo mismo” (Valdés, 2016, p. 81).

Resulta evidente que de una manera u otra, el ser humano requiere que su existencia personal y grupal, le sean reconocidas y lo ideal, está en una personalidad definida y auténtica. Ahora bien: igualdad e identidad no son vocablos sinónimos y si hablamos de singularidades colectivas, la singularidad es complejamente desigual; por otra parte, se hace muy difícil demarcar límites, dentro de la conciencia biológica superior (racional) entre la conciencia general y los diferentes estados de conciencia.

La volkerpsychology (sicología de los pueblos), que aparece en 1862 en Suiza, obedece a la evolución entre la Ilustración y el Romanticismo; entre Positivismo y Naturalismo, que parte de los hechos tal y como acontecen, y el Romanticismo, cuyo punto de partida está en las emociones y sentimientos del individuo. Esta ciencia aborda la literatura, la sociología, la historia, la lingüística, la antropología, e incluye el derecho, ya que la legislación de un país, se vincula con determinada manera de ser de cada pueblo. Debe destacarse igualmente, que esta disciplina explica a los seres humanos y su comportamiento, teniendo en cuenta su medio ambiente natural y social; existe entonces una psicología grupal o social y por ende una conciencia colectiva que se refleja en el lenguaje (colectivo) como expresión común (Wundt, 1900, citado por Ruano, 2001, p. 34).

El proceso de socialización es el mecanismo inicial y esencial en la construcción de todas las formas de conciencia humana: la individual, la personal y la social. Significa que a partir de la transformación de lo externo objetivo en interno subjetivo, las ideas, las percepciones, criterios y valoraciones que cada persona tiene sobre sí misma, son un reflejo del carácter de las relaciones que mantienen con su entorno social. La

imagen que vamos adquiriendo sobre nosotros mismos, resulta de la forma de cómo nos perciben y valoran los demás. A su vez, cada sujeto se va apropiando en mayor o menor medida de valores, normas, costumbres e ideología vigentes en su entorno. De allí deriva la conciencia colectiva que permite sintonizar lo individual con lo colectivo.

Hacia el último tercio del siglo XX, profundizando en la investigación sobre la singularidad de los seres humanos, surgieron la psicobiología y la psicohistoria. La primera ha de trabajar enfocada hacia el hombre agrupado y el agrupamiento en visibilidad exterior, la historia en el hombre, la que supone estratos fundamentales anteriores en la base de la colonialogía: los genes. La sociobiología, como estudio de la colonia en cuanto a portadora de genes, va más allá de la genética general; sin embargo, la psicohistoria, indudablemente vinculada con la psicología de los pueblos, analiza determinado grupo histórico, a partir de sus fantasías colectivas y de sus grandes representantes, desde la psicología y no exclusivamente desde lo biológico. La psicohistoria se enfoca hacia la imagen del grupo y destaca la incidencia de esta en la producción de tópicos de referencia, responsables de códigos de comportamiento, tipos de conducta, que son inspiradores de relevantes ideales que mantener en determinada agrupación étnica (Pinilla, 1984, citado por Ruano, 2001, p. 25). En biología superior colonizada, en el grupo humano, su núcleo dinámico radica en la memoria; en esta, generación tras generación, figura quién es quién, y quién continúa siéndolo; pero además los seres humanos cuentan con el elemento trasmisor: el lenguaje.

Uno de los grandes escritores universales, Miguel de Unamuno, ofrecía estas consideraciones sobre el lenguaje: “La lengua es la base de la continuidad; receptáculo de la experiencia del pueblo, el sedimento de su pensar; en los hondos repliegues de sus metáforas (y lo son la inmensa mayoría de los vocablos) ha ido dejando sus huellas el espíritu colectivo del pueblo (Unamuno; citado por Ruano, 2001, pp. 26-27).

Por su parte el prócer cubano y latinoamericano José Martí expresó: “... para hablar bien nuestra lengua, no hay como conocer otras; el contraste nos enamora de la nuestra; y el conocimiento nos habilita para tomar de las ajenas lo que a la nuestra haga falta, y curarnos de los defectos que ella tenga y en las demás estén curados” (Valdés, 2012, p. 334)

Esta relación entre lo general y lo singular y en innumerables singularidades lingüísticas que expresan valores espirituales, artísticos y morales, podemos definirla como culturas. Estas hablan, escriben, suman y multiplican interpretaciones, porque se trata de la interpretación del ambiente en el que se desenvuelve cada persona y también, de la auto-interpretación que hace su “yo” interno, de ese ambiente.

Según el antropólogo Clyde Kluckhohn

... es inconcebible la existencia de una cultura sin un lenguaje. Nada deja de proveer a la expresión y el deleite estético. Todas proporcionan orientaciones estandarizadas hacia los problemas más profundos, como la muerte; todas se proponen perpetuar al grupo y su solidaridad, satisfacer las demandas de los individuos, de un modo de vida ordenado y satisfacer las necesidades biológicas.
(Kluckhoh, citado por Ruano, 2001, pp. 27-28)

La humanidad se expresa en diversidad de lenguas. Lenguas diferentes para temas generales (comunes). Lenguaje particular, tribal, étnico, nacional, para asuntos universales, interculturales; pero es evidente, que, en el modismo materno, existe una carga mental, emocional, cultural, que no puede transferirse a otra lengua.

José Martí enfatiza esta idea: “La originalidad del lenguaje ha de venir de la originalidad de la idea, y la elegancia está en el ajuste de la palabra a lo que se quiere decir” (Valdés, 2012, p. 334).

Existe el criterio de que los idiomas son frágiles y pueden extinguirse, pueden gradualmente ir perdiendo actualidad, intensidad, hasta su desaparición por causas determinadas; sin embargo, en el caso de la isla boricua, la comunicación en lengua española no manifiesta esta tendencia, a pesar de haber experimentado el cambio de su contexto socio político y “perteneciera pero no hacerse formar parte de los EEUU”, desde que España como metrópoli se la entregó al país norteño, como resultado de la firma del Tratado de París en 1898, y a pesar de la incesante migración de carácter circular que caracteriza la vida de los puertorriqueños.

Resulta necesario destacar, que al producirse la intervención norteamericana en la Isla, no existía heterogeneidad lingüística que favoreciera la imposición de una lengua unificadora; que en este caso sería el inglés, ya que en la hora de la intervención, Puerto Rico era un país sumamente homogéneo en términos lingüísticos. El español, era la lengua tanto de los sectores cultos, como de las clases populares, a pesar de los dialectos que adornasen el habla popular. Por esta razón, constituye un componente esencial el idioma español dentro de la cultura puertorriqueña, ya que se trata de la coexistencia de dos lenguas globales: el español y el inglés.

Es indudable que hombre y sociedad coexistirán siempre; por ello, el individuo no podrá nunca apartar su carácter social, no podrá desprenderse del grupo en que aparece o en el que se desenvuelve; así como el grupo ha de caracterizarse, por la mayor o menor cantidad de individuos especiales que lo consoliden.

Ahora bien, la identidad no constituye una abstracción, es un hecho en sí mismo, existe; es su condición; y al hablar de identidad, resulta imposible no tener en cuenta la historia. La colonización de Hispanoamérica no se llevó a efecto como la del norte; la que tardíamente llegó a esa zona desde Inglaterra y Holanda, resultó en asentamientos de minorías europeas en suelo extraño, aislados de la población indígena, la que no se mezcló con el colonizador, dependiente de su metrópoli europea de origen; mientras que en el proceso de la conquista y colonización española en nuestro hemisferio, la mezcla de los colonizadores con los indios y con los negros, traídos de África como esclavos, da origen al criollo, la raza americana; por ello, la identidad de la región se inscribe a partir del mestizaje.

En el siglo XVI, la sociedad española estaba presidida por una nobleza (hidalgos), la que falsamente o de manera auténtica, sentía el ser hidalgo como filosofía de vida: el concepto del honor llevado a flor de piel, aún a costa de la hacienda y de la vida, primero la verdad, por encima del interés económico o del temor, adecuaba su existencia a un ideal. Se expresaba con total espontaneidad, e incluso, cuando descuidaba su apariencia, debajo siempre había un señor. En resumen, el hidalgo, máximo exponente de la raza, recibe su conciencia de la igualdad esencial y alta dignidad de la especie humana, creada a imagen y semejanza de Dios. Podrían ser diversas sus actividades, podría variar su posición económica, el color de su piel; sin embargo para ellos, en todo hombre existía un contenido sustancial idéntico y un mismo derecho a alcanzar como meta suprema la eterna felicidad. Como el honor, es considerado derecho propio de la naturaleza humana, de él participaban todos: nobles o plebeyos, ricos o pobres. El concepto del honor queda como valor vigoroso e intemporal y como algo sagrado en el alma.

No cabe duda de que aunque en la actualidad lo étnico, se relaciona más bien con la cultura, los valores, las tradiciones, género de vida y comportamiento de determinado grupo humano, no es algo sencillo el desvincular lo étnico, de los conceptos de raza y sangre; a menudo, estos, interactúan con el primero.

La llegada de la ciencia al genoma establece irrefutablemente la existencia de una única raza humana; con diferencias accesorias y menores entre etnias, que las que puede presentar determinado individuo en determinada etnia. Queda definido que no existen genes buenos y malos; el problema está en su multifuncionalidad; por todo ello, el racismo carece de fundamento científico alguno.

“Ni la esclavitud que apagaría al mismo sol, puede apagar completamente el espíritu de una raza” (Valdés, 2012, p. 594).

“Por sobre las razas, que no influyen más que en el carácter, está el espíritu esencial humano que las domina y unifica” (Valdés, 2012, p. 594).

Los criterios martianos anteriormente expuestos, reflejan el extraordinario valor que el prócer cubano, le adjudicaba a la cultura que emana de las raíces de los pueblos; la significación de lo autóctono que pone de manifiesto sus valores, su manera de ser, de pensar y de vivir.

Es interesante observar, cómo estos criterios del prócer José Martí, se identifican con la siguiente referencia a la etnia puertorriqueña, que ofrece el historiador boricua Díaz Soler:

Racial y culturalmente, la pequeña tierra antillana, es un híbrido con profundas raíces indo-africanas, que España se encargó de aglutinar al imponer sobre sus dominios ultramarinos la cultura grecolatina, junto a la experiencia de largos siglos de convivencia con otros pueblos con los que se mestizaron; que en el caso de Puerto Rico, ha sido más bien un largo e ininterrumpido proceso de mulatización. (Díaz Soler, 1994; citado por Ruano, 2001, p.127)

El acercamiento de lo que Europa considera pura sangre, a sangres con las que se fusionarían, nos conduce al origen de la historia de la isla. Plantea Argimiro Ruano que, en pocos países de Hispanoamérica caló de manera tan profunda, el sentido del honor y la hidalguía como en Puerto Rico. En los inicios de la conquista y la colonización, los pioneros de tal empresa, reclamaron de los reyes, que se les concediera rango de nobleza (grandes señores con súbditos y vasallos); por esto solicitaron a la corona de Castilla, títulos de hijosdalgo, de hidalguía. Creían que así deberían ser considerados, quienes llegaran casados, previa residencia de cinco años en el territorio de la isla y naturalmente a sus hijos. Con tal mentalidad, los peninsulares tendrían un estímulo para cruzar el Atlántico.

Se ofrece el dato de que, en el año 1534, el gobernador Francisco Manuel de Lando, se quejaba de que en la Isla “solo hay 387 españoles, para 1048 indios y 1523 esclavos. “Pido mercedes y franquicias a la corona, para una isla ahora tan despoblada que apenas se ve gente española, sino negros” (Vilá, 2001; citado por Ruano, 2001, p. 129).

Así quedó patentizado:

La pequeñez provinciana de la Isla, la dolorosa pobreza de recursos, la constante tensión de “vivir en frontera”, el heroísmo de los arraigados y el caudaloso mestizaje, contribuyeron a agudizar el prurito de hidalguía en los estamentos rectores de la sociedad. (Huerga, 1987; citado por Ruano, 2001, p.130)

De lo anterior se desprende que el intenso mestizaje que se produjo y la insularidad del territorio, explican el surgimiento y la permanencia de ese orgullo del hidalgo.

Ahora bien, ese sentimiento de clase, fue también, la expresión de la relación con la sangre europea; porque esa sangre que llegaba de la península no permanecería pura, aislada, como a su arribo a las costas de la isla.

Una ordenación real para las Indias, del 8 de mayo de 1512, se refiere a que los beneficios eclesiásticos eran exclusivamente, para los descendientes legítimos de los colonizadores, no para descendientes naturales del país; por esto, ya estamos en presencia de tres rangos biológicos: colonizadores al frente, naturales del país y mezclados, sus descendientes. Los hijos de mujeres indias con hombres blancos (mestizos pardos) eran mucho más numerosos que los hijos de indios con mujeres blancas y de una década en otra va diluyéndose (concentrándose sangre insular renovada en diferentes colores y densidades); pero hacia la segunda mitad del siglo XVI, la sangre original va sobreviviendo trasvasada en un 25% y hacia la primera mitad del siglo XVII, el obispo Fray Damián López de Haro, decía que “los indios han sido ya suplantados por “los naturales”, es decir , los mezclados”. La otra sangre, la europea, predomina en una población donde el taino puro “si es que existía tal pureza” queda más y más en lejanía, más y más mulatizado (Coll & Toste, citado por Ruano, 2001, p. 131).

Siguiendo el curso del proceso de la mestización, lejanamente, en los inicios del siglo XIX, una Célula Real permite a determinados puestos administrativos con clase, contraer matrimonio con casta de negros y en 1870, se deroga el requisito de la prueba de sangre para determinados puestos públicos. El académico Díaz Soler precisa actualmente, que en Hispanoamérica, en general, se tuvo por criollo al hijo de españoles y en Puerto Rico a quien nace mestizo, de india y español; así como mulato, fue el híbrido mulato-mestizo. Sin embargo, considerando la excelencia de la sangre peninsular, Morales Miranda en el siglo XIX, en su obra “El Jibaro” (1876), la ve concentrada en el campesino autóctono portador de las tres sangres que conviven en él: la india, la española y la negra; pero resulta importante destacar que rondando la primera mitad del siglo XIX, el médico puertorriqueño Manuel Alonso Pacheco, publicaba en Barcelona España, su obra costumbrista “El Jíbaro”, refiriéndose al campesino boricua que puertorriqueñiza lo caribeño-hispanoamericano. La siguiente narración refleja lo anteriormente expresado:

Color moreno, frente despejada, mirar lánguido, altivo y penetrante, la barba negra, pálido el semblante, rostro enjuto, nariz proporcionada, mediana talla,

marcha acompasada, el alma de ilusiones anhelante, agudo ingenio, libre y arrogante, pensar inquieto, mente acalorada, humano, afable, justo, dadivoso en empresas de amor siempre variable, tras la gloria y placer siempre afanoso, ¡y en amor a su patria insuperable!, Este es, a no dudarlo, fiel diseño, para copiar un buen puertorriqueño. (Pacheco, citado por Ruano, 2001, p. 113-114)

Al exponer sus argumentos sobre la historia de la Isla, hacia la segunda mitad del siglo XIX, el historiador puertorriqueño Fernando Pico identifica al jíbaro, al campesino de la montaña, como el prototipo del puertorriqueño y expresa:

El país se encontraba que por primera vez, desde la colonización del siglo XVI, los procesos más significativos se estaban dando en el interior y no en la costa... el café de la montaña le da vida a los puertos de la costa, especialmente a los de Ponce y Mayagüez. Esta hegemonía de la montaña, aunque fugaz, vive todavía en la conciencia del país. Es la responsable de que el jíbaro llegara a ser el prototipo del puertorriqueño. Tierra adentro quiso el país afincar su identidad. (Pico, 1986, p.192)

A criterio de este autor, se manifestó una tendencia a idealizar este período que “si bien produjo grandes logros, también cobró en vidas el precio de los mismos”, pues los cambios en los patrones de poblamiento por la alteración significativa en el centro de la economía puertorriqueña, no constituyeron alivio para la precariedad de las condiciones de vida durante este período y el autor destaca el aumento de familias abandonadas por el padre, niños sin hogar, sirvientes de 10 y 12 años, viviendo en casas de familias acomodadas; es decir, refleja el embate que sufren como consecuencia los valores familiares y cómo los boricuas generaron formas de solidaridad; abundaron los hijos de crianza y el compadrazgo, que venían a suplir la ausencia de los padres por muerte prematura. Estas familias extendidas, fue “quizás un mecanismo de defensa que establecieron los sin tierras y los pequeños propietarios del siglo XIX para su mutua protección”, ante la gravísima situación que enfrentaban.

Resulta muy interesante, el hecho de que tales actitudes, tengan en su esencia, una relación directa con las características del hidalgo, a las que se han hecho referencia anteriormente en este análisis. Igualmente, se

identifican con la descripción que Alonso Pacheco hiciera, del campesino boricua que puertorriqueñiza lo caribeño hispanoamericano, al referirse no solo a su físico, sino a sus valores morales.

Al crear Coll y Toste el personaje del marino arecibeño Víctor Rojas, centra más su atención en la mezcla, al precisar que el marino tenía la “feliz conjunción” de las tres razas pobladoras de esta isla; que este poseía “la agilidad y perspicacia del indio, la fortaleza y humildad del negro y la inteligencia y sagacidad del blanco”. Coll y Toste escribe: “generalmente, del cruzamiento del negro e indio surge la piel morada y el pelo lacio. El rojo de la raza americana quedó superpuesto en él al negro y le quitó el tinte de ébano africano”. También escribía que: “la nariz era recta, ni negroide ni india: era caucásica”; señalaba que sus labios “le daban el aspecto bondadoso del indio y los ojos... eran grandes y rasgados, y secundada por la nariz, denunciaba la raza blanca” (Coll & Toste; citado por Ruano 2001, p.131-132).

En el primer cuarto del siglo XX, coexistían dos teorías con relación al componente sanguíneo del jibaro: una planteaba, que éste, era una mezcla de las razas: española, africana e india; y la segunda, que el jibaro sería de pura sangre hispana (Ruano, 2001, p. 136).

Rodríguez Olleros, en su muestreo de sangre llevado a efecto en 1974, en la Universidad de Puerto Rico, concluyó a favor de la hegemonía de la sangre blanca. El componente sanguíneo en cuanto a sus proporciones en el pueblo puertorriqueño, está equidistante de las razas que lo integran y pone en claro, que el común denominador fue la raza caucásica del sur, o española (Rodríguez Olleros, 1974; citado por Ruano, 2001, p. 131).

Otras consideraciones se han expuesto alrededor de la sangre en la personalidad de los boricuas. Son numerosas las afirmaciones que señalan que la mayoría de los puertorriqueños son descendientes de españoles (Badin, citado por Ruano, 2011, p. 138). En su opinión, Gladis Nieves Ramírez apunta: “con herencia indígena el 62% de los boricuas” (Ramírez, citado por Ruano, 2001, p. 138).

Es tesis de Salvador Tió Montes de Oca que:

La contribución fundamental de lo taíno o lo negro a nuestra formación no es una ‘adscripción retórica’, es una adscripción biológica. No hay como medirlo con exactitud, pero basta con dar mirada abarcadora para darnos cuenta de que la proporción de sangre blanca es mayor que la proporción de sangre amerindia o negra. Pero la sangre está ahí, es parte importante de nuestra composición genética; pero la cultura no. Somos un pueblo de cultura occidental. Y la lengua,

que es el máximo quehacer de una cultura, es la lengua española. (Tío Montes de Oca, citado por Ruano, 2001, pp. 141-143)

Reflexionando sobre el criterio anteriormente expuesto, no es menos cierto que el idioma, es un elemento determinante en la cultura de los boricuas; pero la presencia de la raíz africana en la identidad boricua, es mucho más que factor genético.

Puerto Rico es un pueblo mulato y la herencia africana está presente de muy diversas formas en la música del país. La bomba es una de las principales raíces de la música puertorriqueña; junto a géneros hermanos a lo largo del Caribe y otras zonas de Caribes negros en Centroamérica, constituye una de las expresiones musicales de mayor vitalidad e impacto en el mundo contemporáneo. Originalmente el significado de bomba es tambor y ha venido también a dar nombre a un tipo de música, en la que el tambor ocupa un lugar protagónico o central. La palabra bomba, para significar tambor proviene de África, del Ashanti bomba; además existe el término “mbomba” en Angola y “nbomba” en el Congo como toque de tambor. Al hablar de la bomba como género musical se asocia con baile y canto. Ha venido a significar también ese ritual de comunicación entre sonido y movimiento, entre lo rítmico, los cantos, el repiqueteo y el baile; por ello, el término bomba se ha convertido, en una categoría para agrupar los diversos estilos de bailes que se identifican con los toques o ritmos básicos; es por esa razón, que se habla de los ritmos de bomba.

La bomba se interpreta como entretenimiento de los domingos o fines de semana, en espectáculos y bailes sociales, o se interpreta como parte de fiestas de rituales populares, como el Carnaval de Ponce y las Fiestas de Santiago Apóstol en Loíza. En estos eventos, se presentan personajes con disfraces llenos de colorido y profunda simbología popular, como en el caso de los vejigantes (simbolizando en gran medida, la africanía), los caballeros (simbolizando la tradición católica española) y otros creados por la imaginería popular o modificados de las tradiciones europeas de carnaval y otras africanas. En estas y otras celebraciones similares, se forman comparsas en la que se interpretan bombas y plenas durante todo el festival.

La plena; con una marcada influencia de la bomba, nace en el siglo XX como género musical; pero su vocabulario rítmico puede ya encontrarse en la danza, la guaracha, la rumba y otros géneros caribeños previos. Se asocia generalmente con las barriadas, con el arrabal o zonas cañeras vinculadas a las rutas, del ya desaparecido tren. Su surgimiento se ubica en la ciudad de Ponce; actualmente, la plena es de todos los géneros musicales puertorriqueños, uno de los más populares en todo el país.

Resulta significativo, el hecho de que la música jíbara está colmada de ritmos de bomba, aunque normalmente esto no se aprecia por existir ritmos melodizados en el cuatro, un instrumento muy diferente al tambor. Debe destacarse también, que la melodía principal de uno de los aguinaldos más antiguos, el clásico “Si me dan pasteles”, tiene el ritmo de una de las variantes de bomba y en el más difundido de los seises para improvisar en duelos de trovadores, el “Seis de Fajardo”, la bomba está presente de nuevo, llevando la melodía en el acompañamiento del cuatro.

La Borinqueña, hoy el himno nacional de Puerto Rico, está montada sobre un metro africano de la clave, e incluye además frases melódicas, con ritmos característicos de la bomba. La música popular en particular, es una poderosa fuerza de identidad para el individuo en la sociedad y constituye un elemento medular en la formación de la identidad colectiva. Las melodías de la música autóctona puertorriqueña, tienen una identidad particular, que permite su reconocimiento y diferenciación; es por esa razón, que la música autóctona de la isla, es un distintivo cultural que define a la nación puertorriqueña.

En medio del gran debate de que es objeto la identidad de los puertorriqueños, (la esquizofrenia puertorriqueña), en el año 1983, el intelectual boricua Francisco Arriví, fue invitado por la Cámara de Representantes a disertar sobre este tema; de su conferencia tenemos el siguiente fragmento:

Seremos indios, españoles, afromulatos de la costa de Senegal a la de Angola, mestizos, zambos, mulatos, en fin, feria de pieles multimatizadas, todo eso se dio violentamente isotópico en la Hacienda de Juan Ponce de León en Caparra, luego del guaitiao del cacique Mabó y el pelirrojo ibérico de la loma de los ríos de Bayamón y Piedras; pero, por comer taínos, españoles y dingasmandingas la torta de casabe del primero (bautizada como pan de la tierra por el segundo a falta de trigo y que el tercero por transtierro no le dio nombre ensoñando con su millo), trabajar juntos (aunque el de España mandando, catequizando y castigando, pensando unos en Cemí, otros en Santiago Apóstol, dominador de moros y el tercero en Ogún), biologizar concubinadamente, luchar juntos contra caribes piratas dentro y fuera de la ley, militares de dentro y fuera, el Hombre Terrible del 87, nación adentro y nación afuera de huracanes ad infinitum, terminaron todos por reconocerse un día todos uno, el hombre puertorriqueño descendiente de una etnia histórica y dos prehistóricas, y saberse por reconocimiento de una sola alma formada de la cemítica, la santiaguina y oguniana, jíbaro de costa a costa o de

altura, puertorriqueño con voluntad de ser en cultura propia... (Coll & Toste, Citado por Ruano 2001, p.141-143)

Con esquizofrenia y todo, el hecho de la voluntad de ser, de seguir siendo, está ahí presente. Pensamiento de Ramos Antonini: 'para ser, nada como continuar siendo' la voluntad de unidad, la persistencia en eso frente a la heterogeneidad, también es un hecho puertorriqueño. (Ruano, 2001, p. 141)

Tomando en cuenta los elementos aportados anteriormente, se puede resumir la puertorriqueñidad, como la voluntad de los boricuas de ser y seguir siendo, una voluntad reflexiva que se traduce en ese sentimiento de orgullo, que experimentan éstos, por las raíces de las que proceden: la española, la india y la africana.

El idioma español, expresado en el quehacer cotidiano de los puertorriqueños: en sus valores morales y espirituales, en su sentido de la amistad, en su religiosidad, en sus tradiciones y costumbres, en el valor que para ellos tiene la familia, en su manera de ser espontánea, transparente y solidaria, en su enfrentamiento a las adversidades y en la diversidad de sus manifestaciones artísticas, acumula siglos de convivencia de ese inagotable mestizaje; siendo el idioma español, el núcleo en la espiral de ese proceso integrador, la voz de los puertorriqueños que defienden cuando hablan y cuando piensan, que actúa como común denominador cultural, como base de comunidad y de unidad cultural en Puerto Rico.

2. PUERTORRIQUEÑIDAD VS. DOMINACIÓN COLONIAL NORTEAMERICANA

En una carta dirigida por Ramón Emeterio Betances a Eugenio María de Hostos del 8 de junio de 1870 expresa:

Si hoy mismo tuviera el poder de llevar la revolución a Puerto Rico, no vacilaría un solo instante. Yo creo que ni Inglaterra, ni los EEUU, ni España, separados o reunidos, son los que nos han de dar nuestra independencia, sino nosotros mismos. (Betances, 1990, s.p.)

La base primera de la Unión Antillana fundada por José de Diego en 1915 plantea:

Constitúyese la Unión Antillana con el carácter de una institución favorecedora del estrechamiento de relaciones entre las Islas del Mar Caribe, principalmente de aquellas unidas por su origen étnico, por la comunidad de su historia, con el propósito de sostener la plena soberanía y de fortalecer la dignidad, la libertad y la felicidad de los pueblos antillanos, en un amplio horizonte que alcance el supremo ideal de su futura confederación política. (Ojeda, 2017, p.46)

Ramón Emeterio Betances (1827-1898) y José de Diego (1866-1918), son dos intelectuales exponentes del pensamiento independentista puertorriqueño, de relevante significación en la historia de las islas hispanas de El Caribe. El primero de ellos, fue el máximo organizador e inspirador de la lucha por la independencia de Puerto Rico contra el colonialismo español; hecho que se consumó con el “Grito de Lares” el 23 de septiembre de 1868 y que consagró al Dr. Ramón Emeterio Betances como el Padre de la patria puertorriqueña. El segundo, su discípulo más fiel; el que ya bajo el coloniaje yanqui, al decir de Filiberto Ojeda Ríos “... no perdió de vista la importancia de la nacionalidad, de la puertorriqueñidad y de los valores culturales, a cuya defensa dedicó sus esfuerzos, particularmente, en los últimos años de su vida”. Se impone reflexionar sobre el contenido que encierran los anteriores documentos. En estos se observa con nitidez, la estrecha relación existente entre los ideales de ambos próceres. Cómo se manifiesta ese pensamiento caribeño de alzar la voz del colonizado, cuando a la palabra independencia, se unen la de nacionalidad, dignidad, soberanía, libertad y valores culturales. En fin, palabras que en su conjunto encierran el concepto de identidad nacional, que desde el siglo XIX tuvieron los independentistas puertorriqueños. Una identidad puertorriqueña definida por su carácter insular y por la ausencia total de dominio extranjero.

Resulta importante recordar, que tras la invasión estadounidense a Puerto Rico en 1898, un elemento fundamental para la formación de la hegemonía norteamericana en la Isla, fue el dominio del espacio cultural; el que se instrumentó a través del control y dirección del aparato educativo. Este serviría para promover las medidas de americanización, destinadas a convertir a la juventud puertorriqueña en leales ciudadanos. Para la aplicación de esta política, los representantes del imperio promovieron: la celebración de fiestas típicas norteamericanas, la rendición de honores a símbolos y héroes de ese país, la sustitución de libros de texto de la Isla por textos norteamericanos, que reflejaban cómo se vivía en los Estados Unidos;

pero el intento más ofensivo y ambicioso del proyecto cultural de americanización, el uso del idioma inglés como lengua de enseñanza, para suplantarlo al idioma español, no lo pudieron lograr.

Durante varias décadas fueron aplicadas diversas fórmulas, pero hacia el año 1945, era ya evidente en todos los sectores, que tal política había fracasado y en 1949 el Comisionado de Instrucción por orden del gobierno, estableció de manera oficial la enseñanza en español en el sistema público. Los intelectuales independentistas, encabezados por José de Diego y posteriormente por Pedro Albizu Campos, enfatizaron en la defensa de los símbolos de la identidad puertorriqueña, incentivaron el estudio y el análisis de la realidad histórica de la Isla y defendieron con su entereza y patriotismo, los valores culturales de su patria.

Después de más de medio siglo del establecimiento del ELA en Puerto Rico, los ensayos más recientes sobre la identidad cultural puertorriqueña, se han concentrado en la decadencia del nacionalismo político y en la creciente importancia del nacionalismo cultural.

A criterio del especialista Dr. Jorge Duany "... mientras el movimiento para establecer un estado independiente en Puerto Rico se ha estancado en términos electorales, las manifestaciones populares de una identidad puertorriqueña, han sido reafirmadas en los últimos años" (Duany, 2010, p.10). Aunque lo planteado parece ser una contradicción, realmente no lo es, sólo que en los inicios del siglo XXI, se ha transformado radicalmente el imaginario colectivo de la Isla.

Hoy en día, constituye un reto a los proyectos nacionalistas, la movilidad en las fronteras geopolíticas, que han sido ocasionadas por la globalización de la economía capitalista mundial y la creciente migración laboral; por ello los especialistas en ciencias sociales, han comenzado a usar el término transnacional para referirse a las personas que se trasladan a través de fronteras nacionales, pero mantienen vínculos con las comunidades de origen.

Las identidades transnacionales no se basan, en primera instancia, en el territorio como principio organizador de la interacción social, sino en las alianzas personales y culturales de los migrantes con sus países de origen y adopción. El Dr. Jorge Duany apunta

Las comunidades transnacionales se caracterizan por un flujo continuo de personas en ambas direcciones, un sentido dual de ciudadanía cultural, un apego ambivalente a dos o más naciones y una amplia red de lazos de parentescos y amistad a través de fronteras estatales. (Duany, 2010, p. 13)

Podemos añadir, que los enfoques más recientes sobre las comunidades transnacionales, comienzan por borrar la imagen convencional de la inmigración, como una forma de desculturación y completa absorción por la cultura dominante del país receptor. Los inmigrantes mantienen identidades múltiples, fluidas e híbridas, no necesariamente limitadas por categorías geopolíticas, sino por afiliaciones subjetivas. La migración como un fenómeno sociocultural de la contemporaneidad, genera un traslado masivo de mentalidades, identidades y comunidades internas. La migración puertorriqueña hacia EE.UU. después del fin de la Segunda Guerra Mundial, es un ejemplo representativo de ello.

Especialistas como Arlene Dávila, Nancy Morris, Silvia Álvarez Curbelo y Juan Flores, todos estudiosos de la cultura puertorriqueña en el contexto actual, han aportado nuevos elementos de análisis, con relación a la identidad de los boricuas (Duany, 2010, pp. 15-19).

Dávila expone el complejo entre juego de intereses económicos y políticos en pugna, dentro de la esfera de la cultura popular y por otra parte demuestra, cómo los grupos comunitarios en sus diferentes actividades culturales, contribuyen a reforzar su visión particular de la “identidad nacional”, pero a la vez, son influenciados por las posturas dominantes del gobierno y del Instituto de Cultura Puertorriqueña. Además, la especialista centra su atención, en las compañías promotoras de una variedad de productos culturales, que respaldan y auspician dichas actividades; contribuyendo con ello a definir maneras particulares de identidad boricua.

Así, Dávila se percató de que mientras los organizadores tratan de mantener y preservar “la cultura nacional” las corporaciones la utilizan para dar publicidad a sus productos, proyectando visiones alternas e impuras de la identidad nacional. Es de su opinión, que los funcionarios gubernamentales se escudan detrás de las políticas culturales, para defender y justificar sus puestos en el gobierno, reclamando y ejerciendo su función de fiscalizadores, por ser los “conocedores de lo auténtico”.

Para Dávila, la identidad se construye en la oposición y negociación, de los distintos sectores sociales en sus prácticas culturales cotidianas. Ella considera, que el nacionalismo cultural aparece como respuesta histórica de afirmación y resistencia al colonialismo norteamericano.

Coincidimos con esta especialista, en que esa respuesta se expresa en diversas manifestaciones concretas, al vincularse con los intereses de los sectores populares, los que incorporan, utilizan o desafían, las políticas estatales o comerciales hacia la cultura.

En el caso de Nancy Morris, sus investigaciones revelan un consenso ideológico multipartidista, alrededor de la puertorriqueñidad; pero si bien la mayoría de los puertorriqueños, no se sienten estadounidenses, tampoco se identifican fuertemente como latinoamericanos, caribeños o hispanos.

A través de su artículo “Vidas prestadas, el cine y la puertorriqueñidad”, Silvia Álvarez C. analiza la identidad nacional desde un discurso cinematográfico. La autora señala, que a pesar de la debilidad institucional y comercial de la industria del cine en la Isla, las películas realizadas por puertorriqueños en los últimos años, revelan una sólida resistencia a perder la identidad cultural, frente al proceso de modernización industrial de la post guerra.

De los estudios realizados por estas especialistas, se entiende que persiste una ideología nacionalista en la Isla, usualmente desplazada de la política partidista a la cultura popular. Por otra parte, las tres autoras sugieren formas complementarias, de entender la construcción de la identidad nacional, como un concepto muy polemizado.

Por su parte el académico Juan Flores, caracteriza la década de 1990 en Nueva York, como una fase “post Noyorican”, y señala que las grandes masas de inmigrantes de Centroamérica y El Caribe, que han arribado a esa ciudad nortea, han transformado de manera drástica, el ambiente cultural de los puertorriqueños allí. Es por eso, que Flores presenta una concepción flexible, inclusiva y situacional del “Nuevo New York”, en el que los puertorriqueños tiendan puentes de solidaridad, con otras minorías étnicas y raciales, fundamentalmente latinos y africanos americanos, sin perder su propia identidad nacional. De cara al siglo XXI, Flores valora la cultura puertorriqueña, como una serie simbólica de intercambio recíproco, dinámico e incesante entre la Isla y su diáspora.

Nos resultan acertadas las ideas de este académico, por cuanto ese intercambio recíproco y continuo, es el reflejo de que se ha creado un espacio cultural híbrido, reterritorializado en la diáspora, por lo que ese desdoblamiento geopolítico de la nación puertorriqueña, necesita nuevas maneras de imaginar la comunidad y la identidad.

La música aparece como la expresión más representativa de la cultura nacional, la manifestación artística que une a los puertorriqueños, que define el espíritu de esa nación transnacional que es Puerto Rico. Diversos géneros musicales, desde la plena y trova, hasta la salsa y el reggae, se escuchan, se sienten y se bailan en los festivales culturales que se celebran en la Isla. Un creciente grupo de críticos culturales que encuentran en la música popular y especialmente en la salsa, un espacio ideológico de resistencia anticolonial y afirmación nacional.

Los ideólogos del imperio han convencido a muchos puertorriqueños, de que la Isla no puede constituir un estado soberano, pero la mayoría de los puertorriqueños no se han convertido y probablemente no se convertirán en norteamericanos; ni los que viven en la Isla, ni los que residen en el continente, son los mismos que antes, como resultado del flujo bidireccional de discursos, mentalidades, íconos e identidades.

Por lo que a pesar de la condición colonial de la Isla, bajo la fachada del ELA desde hace más de 50 años, la mayoría de los puertorriqueños han intentado afirmar su identidad cultural.

CONCLUSIONES

La identidad puertorriqueña tiene su base fundamental en la evolución histórica de la isla. La colonización española tiene un impacto determinante, siendo el idioma español el componente básico de su cultura, como forma fundamental de comunicación y elemento clave como unidad nacional y cultural, de ahí su defensa ante la imposición del idioma inglés.

La presencia del español, lo indio y lo africano se resume en el Jíbaro como prototipo del puertorriqueño, en el que se destacan los valores morales, y culturales de los boricuas: la hidalguía, la solidaridad, la amistad, la manera de enfrentar las adversidades, su concepto de la familia y su sencillez. Otro elemento representativo del mestizaje es la música autóctona, la plena y la bomba; la música que constituye un componente aglutinador de la nación puertorriqueña.

Desde el siglo XIX los independentistas puertorriqueños valoraron en la independencia, la nacionalidad, dignidad, soberanía, libertad y valores culturales, en resumen, una identidad puertorriqueña definida carácter insular y por la ausencia total de dominio extranjero.

A más de medio siglo de la instauración del ELA en Puerto Rico, las manifestaciones populares de una identidad puertorriqueña, han sido reafirmadas en los últimos años. La migración puertorriqueña hacia los Estados Unidos puede considerarse como un fenómeno sociocultural de la contemporaneidad, genera un traslado masivo de mentalidades, identidades y comunidades internas, a partir del flujo continuo de personas en ambas direcciones, un sentido dual de ciudadanía cultural, un apego ambivalente a dos o más naciones y una amplia red de lazos de parentescos y amistad a través de fronteras estatales.

En la actualidad la defensa de la identidad puertorriqueña se expresa desde diferentes ámbitos de la vida social y cultural en un contexto muy polemizado. Las actividades de los grupos comunitarios, la música, el cine, intercambio recíproco, dinámico e incesante entre la Isla y su diáspora; son espacios ideológicos de resistencia anticolonial y afirmación nacional.

En síntesis, la puertorriqueñidad es una filosofía de vida, que se manifiesta en su esencia como una cultura de resistencia, esgrimiendo la defensa de sus valores y luchando por su reconocimiento frente a la filosofía del colonizador.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Betances, R.E (1990). "Las Antillas para los Antillanos". Compilación del Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, Puerto Rico.
- Duany, J. (2010). Para reimaginarse la Nación Puertorriqueña. Recuperado de <https://www.revistas.upr.edu/index.php/rcs/article/view/8345>
- Duany, J. (2011). Ensayo Bibliográfico después de la Modernidad: Debates Contemporáneos sobre Cultura y Política en Puerto Rico. Puerto Rico: Departamento de Sociología y Antropología, Universidad de Puerto Rico, Rio Piedra.
- Ojeda Ríos, F. (2017). *Puerto Rico, Las Antillas, Nuestra América toda y otros textos*. Edición Emancipación, Fundación Editorial El perro y la rana. Edición Digital <http://www.elperroylarana.gob.ve>
- Pico, F. (1986). *Historia General de Puerto Rico*. Puerto Rico: Editorial Huracán.
- Ruano, A (2001). *La identidad de los puertorriqueños*. Recuperado de <http://www.UPRM.Info/ruano/wp-content/uploads/2013/03/identidad-FULL.pdf>
- Valdés G, R (2012). *Diccionario del pensamiento martiano*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Valdés, F (2016). Leer a Fanon medio siglo después. Fundación Rosa Luxemburgo. México. La Habana. Editorial filosofí@.uh.cu.
- Valdés, F (2017). La in-disciplina de Caliban. Filosofía en el Caribe más allá de la academia. La Habana. Editorial filosofí@.uh.cu. Instituto de Filosofía.